



Junio 24, 2004

EL CONSENSO DE COPENHAGUE

UN FALLIDO INTENTO DE PRIORIZAR LAS POLITICAS PUBLICAS

LAS LIMITACIONES DEL ANALISIS COSTO – BENEFICIO

Sanna Stockstrom

El mundo está lleno de problemas: desde los conflictos sociales al cambio climático, desde la inestabilidad financiera a la corrupción, y así sucesivamente en una larga lista. Cada uno de los problemas de esa lista tiene impactos negativos en la calidad de vida y en el ambiente. A la vez, muchos insisten en que no existen recursos para atacar todas esas dificultades y superarlas.

Esta tensión entre la diversidad de problemas y los recursos disponibles fue analizada recientemente en una conferencia internacional, bajo el título de “Consenso de Copenhague”. El encuentro fue organizado por el economista danés Bjorn Lomborg del 24 al 28 de mayo, con el objetivo de priorizar los recursos disponibles para superar problemas sociales, ambientales y económicos. Lomborg, un polémico economista muy conocido por cuestionar la existencia de problemas ambientales, sostiene que esa escasez de recursos

implica decisiones difíciles para los gobiernos del mundo, advirtiendo en una nota de prensa que *“los decisores priorizan cada día, pero no siempre en el mejor base. El consenso de Copenhague pondrá a disposición un marco analítico que nos permite hacer mejores priorizaciones”*¹.

¿Cómo gastar 50 mil millones?

El evento partió de una pregunta clave: *Si decidíamos gastar \$50 mil millones en mejorar el bienestar público global, ¿con qué proyectos tendríamos que empezar?²* La postura de Lomborg para solucionar los problemas globales es priorizar recursos, limitarse a lo factible y más efectivo: los “expertos internacionales”. Varios de esos expertos fueron invitados para iluminar a los decisores del mundo, bajo la consigna de con

¹ Lomborg en su discurso de inauguración de la conferencia, el 23 de Mayo, 2003.

² Ibid.

centrarse en cómo se podía obtener el mayor impacto por dólar gastado en proyectos y políticas de la cooperación internacional³. El propósito del evento era “*iniciar un debate global importante sobre la priorización de recursos*”⁴.

Se presentaron 38 proyectos con el propósito de superar los diez problemas más grandes del mundo en temas de salud, medio ambiente, economía y gobernabilidad. Las propuestas fueron analizadas apelando a la metodología del “costo – beneficio”, y se los ordenó en un ranking que iba de muy buenos proyectos a muy malos. Participaron en el ejercicio 37 “*expertos internacionales*”, todos ellos economistas, y entre ellos varias figuras de primer nivel como Jagdish Bhagwati (conocido promotor del libre comercio), los premio Nobel Robert Fogel, Douglass North y Vernon Smith, junto a personalidades como Bruno Frey, Justin Yifu Lin, Thomas Schelling y Nancy Stokey.

¿Quién se puede oponer a un enfoque tan práctico y sencillo? De hecho el objetivo de cada política pública en general es lograr lo factible de la manera más eficiente. La suma de todas las políticas públicas en un país tiene como objetivo el mejoramiento de la calidad de vida de los ciudadanos, por lo que cada una de esas políticas son un medio para lograr una meta específica que contribuye (idealmente) a este fin global. El hecho que los recursos son escasos y que hay que economizarlos no es nada nuevo en la implementación de políticas públicas. Entonces, ¿qué puede haber de controversial de la conferencia de Copenhague? La respuesta es que el evento desnudó las serias limitaciones de las prácticas tradicionales entre gobiernos y agencias de desarrollo basadas en el análisis costo-beneficio. Esa problemática fue evidente para mucha gente y

explica la controversia pública que rodeó al encuentro, incluyendo algunas protestas callejeras. Pero esa misma polémica arroja muchas lecciones para América Latina, donde el costo-beneficio es un procedimiento corriente entre los gobiernos, los técnicos de consultoras y los bancos multilaterales de desarrollo.

Un método sencillo pero imperfecto

Lomborg argumentó que las decisiones de los gobiernos no son óptimas ya que en realidad es la prensa la que determina la agenda de políticas públicas. A su juicio, para satisfacer la opinión pública, los gobiernos buscan soluciones que promueven beneficios a corto plazo y descuidan proyectos de largo plazo. Los expertos, en cambio, no corren el riesgo de cometer ese error porque no están bajo la presión de encuestas que evalúan la popularidad de un gobierno. Un experto, especialmente un economista, se puede librar de consideraciones políticas y emocionales para demostrar a los decisores políticos la necesidad de prestarle atención a los múltiples problemas del mundo, la mayoría de los cuales se podrían superar solamente a largo plazo. Por eso Lomborg invitó únicamente a economistas, porque “*su racionalidad fría*” ayudaría a una “*contribución calurosa*”⁵ al mundo. Esa “*racionalidad fría*” es el análisis de costo-beneficio.

Ese tipo de análisis compara los costos de un emprendimiento contra los beneficios; si los costos superan los efectos positivos se concluye que una política es ineficaz y por eso (económicamente) inútil. Si bien esta idea parece muy razonable, tiene varias limitaciones y sus aplicaciones se ape- la a algunos trucos para superar problemas que una vez que se descubren obligan a cuestionar la validez de los resultados.

³ “Ten problems for the world - but which one to fix first?”, The Scotsman, 1 de Junio de 2004.

⁴ Lomborg en la conferencia de prensa final del evento, presentando los resultados, el 28 de Mayo.

⁵ Lomborg en su presentación de inauguración.

Un primer problema con el método es su manejo de los costos. Mientras los gastos materiales se pueden cuantificar y comparar, por ejemplo por su valor económico, la tarea no es nada sencilla con los “costos sociales”, “costos políticos” o los “costos ambientales” Bajo esa expresión los economistas resumen costos inmateriales que pueden ocurrir durante la implementación de una política pública; por ejemplo un “costo ambiental” es la pérdida de los espacios verdes en una ciudad y un “costo social” es por ejemplo el esfuerzo dedicado a un conflicto barrial.

En general se entiende que los costos sociales son impactos negativos (materiales o inmateriales) que individuos o grupos sufren por causa de una política; se puede decir que éstos son “efectos secundarios” que ocurren cuando la política ha sido mal diseñada o porque se cree que no había otra manera de realizar un objetivo específico. Pero bajo el término “costo social” se entienden también costos “socializados”, como por ejemplo los efectos sobre la salud de la contaminación ambiental que puede estar causado por algunos pero que afecta a muchos. En el mismo sentido, ¿cuál es el valor económico de un bosque silvestre o de un cóndor de los Andes? Otros costos surgen de la resistencia política cívica expresada violentamente, por ejemplo las protestas ciudadanas, vandalismo, etc., donde se registra un costo material por los daños causados, pero hay más que eso en tanto se afecta la institucionalidad y legitimidad política. Es obvio que es más fácil estimar gastos materiales de implementación, como por ejemplo la construcción de escuelas u hospitales, que gastos sociales y políticos que surgen de una resistencia en la población en contra de la política pública promovida por el gobierno.

Por las complicaciones de cuantificar y comparar esos costos y beneficios inmateriales, los expertos reunidos en Copenhague decidieron no considerarlos al

comparar los proyectos y políticas públicas. Simplemente los desecharon. Reconocieron que muchas propuestas discutidas seguramente causarían resistencia política, pero resolvieron concentrarse únicamente en la comparación de los costos económicos. Por un lado es positivo que esos economistas admitieran un límite de su método favorito, pero por otro lado, a pesar de todas esos problemas insisten en seguir usándolo. Optaron por ignorar los costos inmateriales durante la evaluación de los proyectos con lo que distorsionan el impacto real de las políticas sugeridas, y por lo tanto su priorización de las medidas también se deforman.

Intentando establecer prioridades

Bajo esa metodología surgen resultados sorprendentes: en el ranking de la conferencia, el proyecto “libre comercio” aparece en el puesto número 3 (“muy buen proyecto”), pero las iniciativas para superar el problema del cambio climático se ubican en los puestos más bajos de la escala (lugares 15-17, “mal proyecto”). Los panelistas justifican esto sosteniendo que mientras los costos de los proyectos climáticos superaran extensamente los beneficios, la liberalización del comercio promete muchos más altos beneficios (del orden de los 245 mil millones de dólares) en comparación con bajo o ningún costo administrativo de implementación.

Esta estimación es contraria a la creciente literatura sobre los defectos de las políticas de liberalización de comercio, así como a la evidencia de proteger los llamados “bienes públicos globales” como la capa de ozono. Los efectos negativos de la liberalización comercial se discuten mucho alrededor del ALCA, ya que se teme que ese acuerdo destruirá a la débil producción doméstica nacional en los países del sur. Entonces es válido preguntarse: ¿quién se beneficiaría de los calculados \$ 254 mil millones anuales de beneficio del

libre comercio ⁶ y quién luchara con los costos sociales? Es cierto que los costos administrativos de políticas de liberalización de comercio son insignificantes, pero eso no obliga a ignorar las manifestaciones – a veces violentas – que siempre tienen lugar cuando los gobiernos del mundo se reúnen para discutir la liberalización del comercio mundial. Ante los hechos en Seattle, Génova, Monterrey y los sentimientos que provoca el debate sobre el ALCA hay que preguntarse si la dimensión de resistencia popular en contra de la liberalización del comercio mundial no causa tantos costos inmateriales que ya superan una buena parte de los beneficios. Adicionalmente habrá que analizar detalladamente si realmente la mayoría de la población mundial o solamente una minoría de ellos se beneficiara de las políticas; y también habrá que preguntar si se puede considerarlo democrático imponer una política que se confronta con tanto resentimiento entre los ciudadanos.

En el caso de las políticas diseñadas para impedir la destrucción de la capa de ozono, los costos de implementación son definitivamente altos: recaudar impuestos o supervisar la venta de derechos de emisión requiere por ejemplo aparatos administrativos complejos, a los que deben sumarse altos costos políticos de coordinación y negociación entre los países. No hay duda que esos son emprendimientos costosos, pero ¿cuáles serán los beneficios? Se sabe que la destrucción de la capa de ozono tiene impactos múltiples sobre el clima, los ecosistemas y la salud de los seres humanos. Entonces, cuando se impide la destrucción de la capa de ozono también se pueden tener altos beneficios; William Cline los calcula en unos \$ 166

⁶ La cifra incluye inversiones directas y es un cálculo optimo de lo que es máximamente alcanzable; véase K. Anderson (2004) "Subsidies and Trade Barriers" en su ensayo de discusión para la conferencia, p. 6.

trillones en comparación con \$ 94 trillones de costos ⁷.

En realidad el experimento de Lomborg demuestra que al no poder calcularse el valor económico de impactos sociales o ambientales, se optó por olvidarlos y excluirlos del análisis. Este procedimiento es usual en muchos análisis que se llevan adelante en América Latina, sea desde los gobiernos como desde los bancos multilaterales y algunas agencias de desarrollo. Es por tanto una metodología incompleta, pero que además renuncia a buscar opciones alternativas para mejorarse a sí misma.

Es necesario concluir entonces que no se puede imponer una lógica tecnocrática de costos y beneficios materiales y medibles a la dinámica de los procesos políticos. Las acciones de los políticos no desencadenan únicamente costos o beneficios materiales sino que muchos son inmateriales, y es común que éstos sean más importantes para la sociedad.

También se debe reconocer que no es posible cuantificar y sumar con exactitud los costos sociales, políticos y ambientales que causan algunas políticas. Por lo tanto no tiene sentido apostar todo a programas de libre comercio por sus bajos costos de implementación, mientras se desechan los del cambio climático por sus costos más elevados.

Si nos fijamos únicamente en lo que podemos cuantificar y calcular, podemos caer el error fatal de promover algo que es socialmente no deseable cuando sus efectos negativos no son evidentes, y bloquear iniciativas deseables cuando sus beneficios no son obvios, o aparecen en el largo plazo. En la elaboración de políticas públicas es un error fatal apuntar únicamente acciones con un impacto a corto plazo

⁷ Cline, W. (2004) "Meeting the Challenge of Global Warming", ensayo de discusión para la conferencia.

en vez de las propuestas de largo plazo. Ambos tienen su lugar y necesidad para políticas de corto plazo ayudan solamente a mitigar algunos síntomas mientras los de largo plazo atacan las causas.

La confusión entre síntomas y causas

Justamente ese problema es evidente en las soluciones propuestas por la conferencia de Lomborg, ya que buena parte de ellas ofrecen algunos alivios en el corto plazo pero no atacan los problemas de fondo. Por ejemplo, para remontar los efectos negativos de la malnutrición los expertos recomiendan un proyecto diseñado para superar la anemia por deficiencia de hierro: distribuir pastillas por \$12 mil millones solucionara este problema. Esa iniciativa tiene costos muy bajos en comparación con los beneficios y por eso este proyecto ocupa el lugar 2 en el ranking. Mientras tanto el desarrollo de tecnologías alternativas para aumentar la productividad agrícola está por debajo, en el puesto número 5.

De esta manera en la conferencia se termina combatiendo la desnutrición distribuyendo pastillas. ¿Durante cuántos años se deberán distribuir esas píldoras en América Latina? Es obvio que apelar a las pastillas como medida de fondo es una propuesta absurda; se ataca un único problema cuando en realidad son varios estrechamente asociados. En efecto, en el problema del hambre inciden muchos factores, tales como las deficiencias en productividad, el destino de esa producción, las dificultades en la distribución y costos, las limitaciones del poder adquisitivo, etc. Para cada uno de esos componentes se pueden enumerar diversas soluciones, que van desde la educación a los programas de micro-crédito. Todas ellas a su vez están afectadas por la fuerte desigualdad, y por lo tanto las políticas de redistribución parecen más adecuadas en lugar de las acciones orientadas al libre comercio.

lograr el bienestar de la sociedad, pues las

A propósito, ¿no causan menos costos de implementación las políticas de redistribución que las políticas de libre comercio? Siguiendo la lógica del análisis de costo-beneficio, la posible resistencia política en contra la redistribución de la riqueza, tiene seguramente menos costos sociales que las políticas de liberalización. Incluso aceptando la lógica del “costo - beneficio” se esperaría que los expertos en Copenhague hubieran analizado ese tipo de casos. Pero en realidad no lo hicieron, y se mantuvieron fieles a las recetas neoliberales de los años 90, mientras que en la mayor parte del mundo ya se han dado cuenta que no funcionan. ¿Por qué tanta ignorancia de “*los economistas más distinguidos del mundo*”⁸?

Parecería que esos expertos no tuvieron en cuenta que su propuesta de pastillas contra la anemia ha sido diseñada por cinco años, con un costo de \$12 mil millones, que se repiten cada cinco años mientras no se logre detener ese problema. Al cabo de un década serán \$ 120 mil millones, para sumar otro tanto en la siguiente década. Parecería que la Conferencia de Copenhague apuntara a endeudar aún más a los países del sur. Seguramente si la población pudiera sopesar propuestas de este tipo, un sencillo análisis de costo – beneficio incorporando los aspectos políticos demostraría que esa iniciativa no es económicamente eficiente, debe ser colocada al final del ranking, y que la prioridad está en luchar contra la desigualdad.

El análisis de costo-beneficio también tiene problemas en identificar e incorporar en la comparación de gastos y beneficios los efectos de sinergia que producen muchas políticas. Es el caso de las acciones

⁸ Lomborg elogia a sus invitados en varios documentos de la conferencia. Se refiere especialmente a los panelistas J. Bhagwati, R. Fogel, B. Frey, Justin Yifu Lin, D. North, T. Schelling, V. Smith y N. Stokey.

contra la pobreza: no reducen solamente ingreso por capita, sino que también contribuyen a disminuir conflictos sociales y mucho más. El cálculo de costos y beneficios resulta sumamente complicado si hay muchas interrelaciones entre aspectos positivos y negativos que inciden sobre la calidad de vida. Pero son exactamente los efectos positivos concatenados (“en dominó”) que hacen una política mucho más interesante y superior a la otra que no les tiene. Por eso hay que decir que no basta combatir un aspecto de la desnutrición, sino que se debe invertir en la lucha contra la pobreza.

La falta de información en un mundo multidimensional

Los proyectos considerados en la evaluación de Lomborg y su equipo de economistas enfocan los aspectos materiales de la vida, y olvidan las dimensiones intangibles. Es por lo tanto una visión muy reduccionista sobre la vida misma. Por ejemplo, de los 50 mil millones disponibles en su ejercicio, entre los cinco primeros puestos está el mejoramiento de la salud en cuestiones puntuales (control de SIDA, pastillas en contra la anemia por deficiencia de hierro, control de malaria). Entremezclados entre ellos aparece la liberalización del comercio.

Por supuesto que nadie se opone a la idea de mejorar la salud y combatir enfermedades graves como SIDA o malaria. Pero sí es posible oponerse a la idea de reducir al desarrollo o la calidad de vida a un solo aspecto: salud. Desarrollo tanto como calidad de vida son conceptos multidimensionales, incluyendo aspectos materiales e inmateriales, y como la gente lo entiende así, los políticos tienen que responder a eso.

Los análisis costo – beneficio no permiten una priorización en una manera multidimensional. No están diseñados para comparar los costos en cuestiones como anal-

problemas de malnutrición o aumentan el fabetismo, insurgencia popular, paisajes hermosos o creaciones artísticas. No pueden reducirse todas esas dimensiones a una sola o unas pocas como intenta Lomborg con su insistencia en la salud.

Se cae en estas aproximaciones porque se depende de cálculos y expresiones cuantitativas. De esa manera se abordan solamente aquellos temas que cuentan con información apropiada. En el encuentro de Lomborg se llega a reconocer que varios otros temas no se consideraron ya que a los expertos les faltaba *la información* necesaria para poder estimar costos y beneficios. Se genera de esta manera una respuesta política paradójal: se deja de invertir en ciertas cuestiones por la falta de indicadores y estadísticas sobre ellos.

La manía por cifras, estadísticas y simple matemática puede tener resultados socialmente no deseables como ignorar problemas graves (como ocurrió en esta conferencia), o aplicar las cifras hasta lo absurdo en la implementación. Un ejemplo de este segundo caso fue el “Programa de salud reproductiva y de planificación familiar” en el Perú en los años 90. El politólogo Raúl Wiener, declaró a *Le Monde Diplomatique* que “*como buen matemático, Fujimori era un apasionado de las cifras. Reducir el número de nacimientos por cabeza de mujer para reducir la pobreza es algo matemático. Todo sirve para alcanzar las cifras esperadas, incluso los procedimientos más brutales*”⁹. Sus prácticas incluyeron esterilizaciones forzadas entre los más pobres de la población indígena en el Perú, resultando no solamente en la violación de derechos humanos y civiles de las personas afectadas sino también en daños de salud y muertos por la falta atención médica durante las cirugías.

⁹ Barthelemy, F. (2004) “Esterilización forzada de la población indígena en el Perú”, *Le Monde Diplomatique*, 2 (20), pp 10-12.

Nuevamente es importante reconocer que el diseño de políticas públicas. Pero éstas no pueden estar reducidas a una simple álgebra o a un programa estadístico instalado en la computadora. Siempre son necesarias las consideraciones éticas, y América Latina ha sufrido algunas duras experiencias por ignorar esos aspectos.

Los límites de una visión unilateral

Habiendo señalado varias de las limitaciones del método costo – beneficio para priorizar políticas públicas, no puede extrañar que el resultado del encuentro de Copenhague es un listado de recomendaciones que aparentemente no refleja las prioridades de la población mundial y que probablemente excluye la mayoría de las cosas buenas que la gente desea, como la paz o la educación. Entonces, ¿sirve un listado de recomendaciones de las políticas públicas supuestamente más efectivas bajo esta perspectiva? La respuesta es no.

Al contrario de lo que Lomborg sostiene, el Consenso de Copenhague no es el “mejor” marco analítico para mejorar la priorización de recursos limitados y así mejorar la toma de decisión de políticas públicas. Ni siquiera es adecuado por razones económicas, ya que se favorecieron políticas con impacto a corto plazo sobre aquellas que apuntan al largo plazo y las causas de fondo. El procedimiento también ignora los efectos de sinergia, y hasta olvidar la historia reciente, al insistir con recetas en su mayoría neoliberales que han demostrado que no han alcanzado el impacto prometido. Con esos resultados todos podemos sospechar que esos expertos economistas no tienen los mejores conocimientos que otros para priorizar recursos limitados.

Pero estos resultados de escasa utilidad no se debieron únicamente al método empleado, sino también a la estrategia de invitaciones del organizador, Bjorn Lomborg. Al analizarla en detalle se compren-

las cifras y estadísticas son esenciales para de otras de las causas que llevaron al desastroso resultado final: sólo se invitaron a economistas para discutir una enorme variedad de temas. La justificación para ese proceder fue que los economistas saben como priorizar recursos limitados. ¿No representa esto una cierta arrogancia sobre la superioridad de los economistas sobre otros saberes? Se ha podido mostrar que la mirada economista es solamente *una* perspectiva sobre la realidad, que no la revela en su totalidad. Dado que la calidad de vida o el desarrollo son cuestiones multidimensionales se necesita un esfuerzo interdisciplinario y participativo para lograr un consenso sobre el qué y el cómo.

El esquema de invitaciones es todavía más grave ya que de los 37 economistas invitados sólo dos fueron mujeres y únicamente tres provienen de países en desarrollo (dos de India, uno de China). ¿Dónde están los economistas del Sur? ¿Qué ha pasado con la igualdad de género? Revisando la formación académica y la carrera de los economistas, llama la atención que la mayoría ha estudiado en las mismas universidades (muchos en Estados Unidos en Harvard, Yale, MIT, Stanford, Berkeley, Chicago o John Hopkins, considerablemente menos en Gran Bretaña, en Oxford y Cambridge, y unos pocos trabajan en Suiza, Alemania y Holanda). Entonces se trata de un grupo de economistas que básicamente comparte la mayoría de las ideas y teorías de sesgo neoliberal, en especial la liberalización del comercio. Tampoco se invitaron a los economistas críticos dentro del mundo desarrollado (como Joseph Stiglitz, Paul Krugman o Amartya Sen).

Un evento que busca estimular un nuevo debate, que busca soluciones para los problemas más grandes del mundo, no debe ser exclusivo, porque así se promo-

ciona la parcialidad en vez de una discusión plural. Se cae de esa manera en un encuentro exclusivo, poco transparente y algo sospechoso.

Esta situación explica las fuertes críticas que ha recibido el evento. Varios grupos de la sociedad civil, entre ellos el Fondo Mundial de la Vida Silvestre (WWF) y Attac Dinamarca organizaron discusiones paralelas en el “Global Conscience Forum”, en especial para llamar la atención sobre la ausencia de un análisis adecuado de los temas ambientales. En ese evento llegaron a estar presentes el director del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), Klaus Toepfer y la comisaria de la Unión Europea para el medio ambiente, Margot Wallstroem. Toepfer opinó que los problemas del mundo no deberían reducirse a una maquinaria económica ¹⁰.

Paralelamente Oxfam advirtió que ese encuentro ignoraba que ya existía un consenso construido durante muchos años y codificado en los “Metas del Milenio” de las Naciones Unidas. Muchos daneses manifestaron en las calles durante la conferencia y un parlamentario danés se metió en el encuentro con la prensa del último día para expresar su descontento, y según su opinión el evento tan sólo logró dañar al movimiento ambiental sin proponer una alternativa constructiva. Se supo además de disputas internas en el equipo organizador y la renuncia de algunos miembros ¹¹.

El resultado del “Consenso de Copenhague 2004” es desilusionante. Esa visión parcial y unilateral sobre los dramas del mundo ha servido de muy poco. Lomborg y los organizadores del evento insistían en conformar un equipo ideal, un “dream-team”, y en cierta manera lo consiguieron en tanto sus propuestas terminaron alejándose de la realidad. Apelando al análisis de costo – beneficio, una y otra vez se reducen las diferentes dimensiones del desarrollo, y de la calidad de vida, a indicadores que sean medibles y traducibles a un valor económico; aquello que no tiene precio o no se puede reducir a un número desaparece de la balanza de la comparación. Una y otra vez se olvida que la mirada del economista ortodoxo es solamente una perspectiva sobre la realidad, y no la revela en su totalidad. Frente a ese uso extendido, el debate sobre el Consenso de Copenhague deja en evidencia, una vez más, que necesitamos un esfuerzo más humilde, interdisciplinario y participativo para lograr un consenso sobre preguntas tan fundamentales como ¿qué es el desarrollo? o ¿qué es la calidad de vida?, y cómo lograr metas en esos campos.

Autor: Sanna Stockstrom es analista asociada en D3E, residente en Bolivia.

¹⁰ Fries, S. (2004): “How do you rank world misery? At Copenhagen Consensus, economists devise a Top 10 list of which global problems should be addressed first”. The Christian Science Monitor, 28 de Mayo 2004.

¹¹ Ver los artículos en la “Disinfopedia” sobre el Consenso de Copenhague - www.disinfopedia.org

D3E publica las series *Documentos de Discusión Global*, el *Observatorio de la Globalización* y la *Carta Global Latinoamericana*. Todos los títulos están disponibles en forma gratuita en nuestro sitio web (www.globalizacion.org) Los interesados en someter artículos a las series Documentos de Discusión Global y Carta Global Latinoamericana, deben escribir a D3E.

DOCUMENTOS de DISCUSIÓN GLOBAL - Otros títulos:

- No. 1. A favor de un tribunal internacional de arbitraje de deuda soberana, por *Oscar Ugarteche* (Perú) y *Alberto Acosta* (Ecuador)
No. 2. La crisis Argentina y el MERCOSUR, por *Héctor Alimonda* (Argentina) y *Ruy de Villalobos* (Argentina)
No. 3. La reciente crisis financiera en Argentina, Brasil y Uruguay. Análisis comparativo, por *Joachim Becker* (Alemania)
No. 4. Derechos Humanos y Globalización. Un análisis preliminar para América Latina, por *Natalia Ayala* (Argentina). Julio 2003, 17 pp.
No. 5 Globalización y evaluación del riesgo país, por *Denise Gorfinkiel* y *R. Lapitz*. Agosto 2003. 12 pp.

OBSERVATORIO de la GLOBALIZACIÓN – Otros títulos:

- No 1, Indicadores de libertades políticas y civiles en América Latina (Marzo 2003).
No 2, El Consejo de Desarrollo Económico y Social de Brasil (Abril 2003).
No 3, Los multimillonarios de América Latina (Junio 2003).

CARTA GLOBAL LATINOAMERICANA – Otros títulos:

- No. 1. ¿De qué hablamos cuando hablamos de globalización? Una incursión metodológica desde América Latina. *José Guadalupe Gandarilla Salgado* [México] Febrero 2002.
No. 2. Ecuador: ¿un modelo para América Latina? Dos años de dolarización. *Alberto Acosta* [Ecuador] Febrero 2002.
No. 3. Argentina: anatomía de una crisis. *Joachim Becker* [Austria] Junio 2002.

GOTAS GLOBALES EN EL OCEANO LOCAL – Porto Alegre 2003 –

Reporte del taller convocado por D3E con otras organizaciones amigas sobre temas globales y locales en el Foro Social Mundial (Porto Alegre, 2003). Disponible en nuestro sitio web.

OMC, PODER y DEMOCRACIA – Cancún 2003 –

La sociedad civil en la cumbre ministerial de la Organización Mundial de Comercio en Cancún (México). Informe sobre el papel de las organizaciones ciudadanas y selección de declaraciones.

GOTAS GLOBALES EN EL OCEANO LOCAL – Mumbai 2004 –

Análisis del Foro Social Mundial 2004 en Mumbai (India), incluyendo descripciones de actividades, relatorio del taller convocado por D3E con otras instituciones y análisis crítico de la situación del movimiento ciudadano.



D3E es una iniciativa para promover y apoyar estudios y acciones en sobre el desarrollo en América Latina, los impactos de los procesos globales, y el papel de la sociedad civil. Las actividades se nutren tanto de acciones propias de la institución, como en el apoyo y colaboración con otras organizaciones en todo el continente.

El *Observatorio de la Globalización* ofrece revisiones y análisis breves sobre estudios en temas globales que son relevantes para América Latina. Esta serie y el programa de globalización de D3E son apoyados por la Fundación Ford.

D3E además publica la serie *Carta Global Latinoamericana* con artículos clave sobre globalización, desarrollo y sociedad civil; los *Documentos de Discusión Global*; y el boletín electrónico *Globalización América Latina*. Todos las publicaciones están disponibles gratis en www.globalizacion.org

D3E – Magallanes 1334, Montevideo. Casilla de Correo 13125 Montevideo 11700, Uruguay.
d3e@intemet.com.uy – www.globalizacion.org
